

Presentación



Les voy a contar tres historias sobre tres suicidios. Los casos son muy distintos entre sí y cada uno es trágico—como todo suicidio—a su manera. La primera historia está marcada por observaciones y constataciones de lo horrible que puede ser la existencia y de cómo, producto de esta constatación, la vida se hace invivible. La segunda historia está relacionada con el pausado y tranquilo reconocimiento de que se ha llegado a un momento en que la vida ya no tiene nada más que ofrecernos. Y el tercer caso es el breve relato de una persona que sufrió—como pocos—directamente la brutalidad de la existencia. En este caso es tanta la crueldad que se puede hablar, me parece que justificadamente, de un caso de ensañamiento y crueldad infinita hacia una persona.

Partamos por el año 1993. Ese año ocurrió una hambruna de proporciones, como pocas veces vista, en Sudán. Se calcula que murieron veinte mil personas—esto es una tragedia en sí. Ahora entra Kevin Carter. Él fue un fotógrafo que andaba registrando los eventos que estaban ocurriendo para dejar todo grabado, para que el mundo supiera lo

que estaba pasando y para que nunca olvidáramos el horror que se estaba desplegando ante nosotros. En eso andaba cuando se encontró con una escena que, al ser fotografiada, le valió el premio Pulitzer. Pero que esta gran noticia, el premio y el reconocimiento recibido, no nos distraiga de la verdadera tragedia. La imagen captada por Carter nos muestra un pequeño niño, sentado en el piso, encorvado y costillas visibles. Y aunque esto es terrible en sí, esta imagen no tenía nada de extraordinario para el contexto. Pero ahora, detrás del niño se aprecia un buitro. El buitro está a corta distancia, esperando, pacientemente; esperando que el niño fallezca para poder alimentarse y así perpetuar el ciclo de la vida.

Cuesta, tal vez, entender el trauma que puede provocar en la mente humana el ser testigo de tanto sufrimiento irracional. En el caso de Carter, fue tanto el dolor y sufrimiento que vio a lo largo de su carrera como reportero gráfico que llegó un momento en que ya no pudo más; no pudo habitar más este mundo, tan lleno de muerte y sufrimiento que, le parecía, no tenía sentido alguno. Sólo era. El mundo era un Infierno y Carter lo registró todo. En este infierno, nace un niño en medio de una hambruna. Y vive cortos años inmerso en la agonía sólo para convertirse en el alimento de otro ser. Nadie sabe para qué nació ese niño.

Con treinta y tres años de edad, Carter se suicidó. Dejó una carta con sus últimas palabras:

En serio, en serio lo siento. El dolor de la vida anula la alegría. Hasta el punto de que la alegría no existe. Deprimido. Sin teléfono. Dinero para alquilar. Dinero para el mantenimiento de mis hijos. Dinero para deudas, dinero. Me persiguen los vívidos recuerdos de asesinatos, cadáveres, ira y dolor. De niños hambrientos o heridos, de locos de gatillo fácil. A menudo, policías. De verdugos, asesinos.

Veamos el segundo caso; el del fundador de la conocida marca fotográfica estadounidense, Kodak, George Eastman. Eastman fue un filántropo que donó cuantiosas cantidades de dinero a la Universidad de Rochester y el muy conocido Massachusetts Institute of Technology (MIT). Comparativamente, Eastman tuvo una buena vida; pertenece a un selecto grupo de privilegiados. Pero, hacia el final de su vida, sufrió una dolorosa enfermedad degenerativa en la médula espinal que lo sumergió en una profunda depresión. Por eso, con setenta y siete años de edad, se propinó un fulminante disparo en el corazón. Dejó la siguiente nota:

A mis amigos. Mi trabajo ha finalizado. ¿Para qué esperar? GE.

Su suicidio no fue motivado, como en el caso de Carter, por las casi infinitas brutalidades de la vida o por los incontables horrores que ocurren en el mundo. Al contrario. Eastman se suicidó porque se dio cuenta y aceptó que su vida había llegado a su fin. Ya llevaba un tiempo postrado, muy enfermo y concluyó que la vida nada más podía ofrecerle. Por lo tanto, tomó la decisión de dejar este mundo. En otras palabras, Eastman dejó este mundo, no tanto porque el sufrimiento era insoportable, sino porque este ya no tenía nada más que ofrecer. La vida tiene un curso natural y cuando el final ha llegado, ¿para qué seguir?

Veamos el último caso que les quiero relatar; el de Noa Pothoven. La vida de Pothoven es trágica por donde se mire. Ella fue una niña holandesa que fue víctima de un *primer* abuso sexual a los once años de edad. En sí esto es suficiente para maldecir la existencia. Pero luego, existencialmente inexplicable, sufrió otro abuso sexual, esta vez a los doce. Una niña, apenas doce años sobre esta tierra y ya víctima de dos abusos sexuales. ¿Puede la vida ser más cruel? Pues sí. Con sólo catorce años de edad fue violada por dos hombres en Arnhem. En su corta vida, en un lapso de cuatro años sufrió abusos y torturas que una mente humana puede, con suerte, tolerar una sola vez.

Producto de todo esto ella decidió terminar con su vida. La forma elegida por Pothoven fue la de inanición. Dejó una nota en su cuenta de Instagram que decía:

Después de años de luchar y pelear, estoy agotada, he dejado de comer y beber por un tiempo y después de muchas discusiones y evaluaciones decidí dejarme ir porque mi sufrimiento es insoportable.

¿Qué nos pueden decir estos tres casos? Cada uno sabrá. Para los pesimistas—que entendemos y aceptamos que la existencia es una cadena de sufrimiento—es una importante verdad que la no-existencia es siempre preferible a la existencia. Pero de esto no se sigue que el suicidio sea un acto recomendable. Salvo el caso de Philipp Mainländer, ningún pesimista aconseja o *recomienda* el suicidio (el caso de Mainländer es complejo y materia para debates académicos; pues no es tanto que él recomiende el suicidio, sino que más bien no lo rechaza como forma de redención).

El equipo de Revista Hénadas les presenta una colección de ensayos que tratan precisamente sobre el tema del suicidio. Más allá de las posturas particulares de cada pesimista sobre este tema, la pregunta por el suicidio es una pregunta importante para la filosofía en general y para la filosofía pesimista en particular. No está de más recordar que Camus en *El Mito de Sísifo* identificó esta pregunta como la *más* importante de todas.

Me parece que los pesimistas, tal vez a diferencia de otros filósofos, tenemos un particular deber filosófico de referirnos a este tema. Por eso los invito a que lean los

artículos y ensayos que aquí publicamos para que, finalmente, sean ustedes los que piensen, duden, pregunten y saquen sus propias conclusiones sobre este tema. Y si estos ensayos logran eso, pues cumplido el propósito al cual toda buena filosofía aspira: hacernos pensar por nosotros mismos.

IGNACIO MOYA ARRIAGADA